

Homilía Beatificación Mártires de Astorga (Astorga, 29-5-2021)

«Recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman» (Sant 1, 12).

«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo» (Mt 10, 29).

Queridos hermanos y hermanas:

nos hemos reunido aquí para alabar al Señor, que revela en los débiles su potencia y da a los frágiles la fuerza del martirio (cf. *Prefacio* de los Santos Mártires). Débiles, lo somos todos nosotros. Pero, acabamos de escuchar la palabra del Señor: *No temáis*, ¡no tengáis miedo! Por tres veces Jesús lo dice a sus discípulos y lo repite también a nosotros, porque sabe que tenemos auténtica necesidad de oírsele repetir. Débiles, lo eran también estas tres hermanas nuestras. Sin embargo, desde hoy la Iglesia las honra oficialmente como *mártires de Cristo*: han recibido de hecho la corona de la vida, prometida por el Señor a cuantos lo aman (cf. *Sant 1, 12*).

No temáis. El miedo es una emoción siempre posible en nosotros. Se manifiesta, a veces, en nuestras decisiones; otras veces está relacionada con nuestras indecisiones. La nuestra es, con todo, una sociedad marcada por el miedo. Un conocido sociólogo (Z. Bauman) la ha llamado “liquida”, porque nos invade cuando más buscamos protegernos y tanto más prospera cuanto más hacemos de la “seguridad” un criterio de vida. El verdadero problema para nosotros es cuando el miedo determina nuestras decisiones, o tal vez nos hace renunciar a nuestras convicciones; cuando nos bloquea en nuestras relaciones con los demás y también con Dios.

Citando la palabra del Señor: «No temáis a aquellos que matan el cuerpo, pero no tienen poder para matar el alma», San Agustín afirmaba que los apóstoles, *para no paralizarse por el temor, ardían en el fuego de la caridad* (*De Civ. Dei* XVIII, 50: PL 41, 612). Aquí está, pues, el camino para vencer el miedo: ¡la caridad! Es la vía que han recorrido los mártires y es la vía que siempre está abierta para nosotros. No solo en las situaciones dramáticas, sino también en aquellas más ordinarias; no solo para aquellos temores que pueden surgir en nosotros por las amenazas de los hombres, sino también para aquellos que están unidos a nuestra condición humana o a las desgracias que suceden en la vida.

No hay duda, por ejemplo, que una situación de miedo está también determinada en este tiempo por la pandemia que estamos sufriendo, y de la que esperamos salir pronto. A este respecto, desde el principio el Papa nos ha indicado el camino que hay que recorrer, y éste es también el de la caridad. «Nuestro Dios está cerca –ha dicho– y nos pide que estemos cerca unos de otros, que no nos alejemos unos de otros. Y en este momento de crisis por la pandemia que estamos viviendo, nos pide que manifestemos más esta cercanía, que la mostremos más. No podemos, quizás, acercarnos físicamente por miedo al contagio, pero sí podemos despertar en nosotros una actitud de cercanía entre nosotros: con la oración, con la ayuda, muchas formas de cercanía. ¿Y por qué deberíamos estar cerca el uno del otro? Porque nuestro Dios está cerca, quiso acompañarnos en la vida. Es el Dios de la cercanía. Por eso no somos personas aisladas: estamos cerca, porque la herencia que hemos recibido del Señor es la cercanía, es decir, el gesto de cercanía» (*Homilía* en Santa Marta del 18 de marzo de 2020).

Para no paralizarse por el temor, ardían en el fuego de la caridad también nuestras tres beatas. Las tres jóvenes laicas Pilar, Olga y Octavia se habían ya encaminado por la vía de la caridad alimentando con la actividad apostólica su vida cristiana “ordinaria”. Cuando después eligieron

pertenecer a la Cruz Roja, como enfermeras, aquí en Astorga, canalizaron sobre este camino su vocación laical hasta llegar al martirio, o sea al supremo testimonio de amor a Cristo.

Jesús nos tranquiliza ciertamente cuando dice que ningún pajarillo caerá a tierra sin quererlo él, y nos recuerda la providencia del Padre (cf. *Mt* 10, 29). Sin embargo, los pajarillos caen y esto nos indica que no se puede ser discípulos de Jesús evitando la lucha, tal vez suscribiendo pólizas de seguro de vida. Queridos hermanos, vuestro Obispo, al que dirijo mi saludo fraterno y nuestro cordial afecto, en la Carta Pastoral que ha escrito como preparación a este día, ha recordado que no existe una vida cristiana indolora y ha añadido que *la posibilidad del martirio está siempre presente en la vida de los cristianos* (cf. *Carta Pastoral*, p. 3, 7). Así fue para nuestras beatas.

«No tengáis miedo de aquellos que matan el cuerpo», hemos escuchado. Pilar, Olga y Octavia entendieron bien esta palabra del Señor. De hecho, se comprometieron a curar el cuerpo de los enfermos y heridos, dedicándose a aliviar los sufrimientos y a levantar los ánimos, y esto porque el “cuerpo” tiene una dignidad incalculable. Para nosotros los creyentes «el cuerpo del hombre participa de la dignidad de “imagen de Dios”», como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 364). «Nuestros cuerpos esconden un misterio. En ellos el espíritu se manifiesta y actúa», decía hace diez años Benedicto XVI [Dieciseis]. Pretendía así conjugar la teología del cuerpo con aquella del amor, y añadía: «Dios asumió el cuerpo, se reveló en él. El movimiento del cuerpo hacia lo alto se integra aquí en otro movimiento más originario, el movimiento humilde de Dios que se abaja hacia el cuerpo, para después elevarlo hacia sí» (*Discurso* del 13 de mayo de 2011).

A curar el cuerpo debilitado y sufriente se dedicaron, pues, las beatas Pilar, Olga y Octavia, de modo que, también en el peligro que se presentó, no quisieron abandonar a los heridos, sino que continuaron asistiéndolos poniendo en riesgo la propia vida.

Por su ferviente caridad, cuando sus cuerpos fueron amenazados, *no se paralizaron por el temor*, sino que *ardiendo en el fuego de la caridad* sufrieron torturas y humillaciones. Todo lo soportaron con fortaleza sobrenatural; se dispusieron a sufrir la muerte con espíritu de fe.

«Lo que hace a los mártires –sentencia San Agustín– no es el suplicio, sino la causa» (*Enarr. in Psalmos XXXIV*, 2, 13: PL 36, 340). Con amargura añadía que «muchos por una buena causa llevan a cabo persecuciones, y muchos la sufren por una mala causa».

Estas beatas, en cambio, murieron aclamando a Cristo Rey y es esta profesión de fe lo que las hace mártires.

Marcello Card. Semeraro

Praefectus

Versione in italiano

Siamo qui riuniti per lodare il Signore, il quale rivela nei deboli la sua potenza e dona agli inermi la forza del martirio (cf. *Prefazio dei Santi Martiri*). Deboli, lo siamo tutti noi. Però, abbiamo appena ascoltato la parola del Signore: *Non temete*, non abbiate paura! Per tre volte Gesù lo dice ai suoi discepoli e lo ripete anche a noi, perché sa che abbiamo davvero bisogno di sentircelo ripetere. Deboli, lo erano anche le tre nostre sorelle. Eppure, da oggi la Chiesa le onora ufficialmente come *martiri di Cristo*: hanno, infatti, ricevuto la corona della vita, promessa dal Signore a quanti lo amano (cf. *Gc* 1,12).

Non temete. La paura è una emozione sempre possibile in noi. Si manifesta, a volte, con le nostre scelte; altre volte è collegata alle nostre *non-scelte*. La nostra, comunque, è una società segnata dalla paura. Un noto sociologo (Z. Bauman) l'ha chiamata «liquida», perché ci invade quanto più cerchiamo di tutelarci e tanto più prospera quanto più della «sicurezza» facciamo un criterio di vita. Il vero problema per noi è quando la paura determina le nostre scelte, o magari ci fa recedere dalle nostre convinzioni; quando ci blocca nelle nostre relazioni con gli altri e anche con Dio.

Citando la parola del Signore: «Non temete coloro che uccidono il corpo, ma non hanno potere di uccidere l'anima», sant'Agostino affermava che gli apostoli, *per non irrigidirsi nel timore, ardevano del fuoco della carità* (*De Civ. Dei* XVIII, 50: PL 41, 612). Ecco, dunque, la via per vincere la paura: la carità! È la via che hanno percorso i martiri ed è la via che sempre è aperta per noi. Non soltanto nelle situazioni drammatiche, ma anche in quelle più ordinarie; non soltanto per quelle paure che possono derivarci dalle minacce degli uomini, ma anche per quelle che sono collegate alla nostra condizione umana e alle emergenze che accadono nella vita.

Non c'è dubbio, ad esempio, che una situazione di paura è determinata in questo tempo anche dalla pandemia di cui stiamo soffrendo e da cui speriamo presto di uscire. Al riguardo, fin dal principio il Papa ci ha indicato la via da percorrere e questa è ancora la carità. «Il nostro Dio è vicino – ha detto – e chiede a noi di essere vicini, l'uno all'altro, di non allontanarci tra noi. E in questo momento di crisi per la pandemia che stiamo vivendo, questa vicinanza ci chiede di manifestarla di più, di farla vedere di più. Noi non possiamo, forse, avvicinarci fisicamente per la paura del contagio, ma possiamo risvegliare in noi un atteggiamento di vicinanza tra noi: con la preghiera, con l'aiuto, tanti modi di vicinanza. E perché noi dobbiamo essere vicini l'uno all'altro? Perché il nostro Dio è vicino, ha voluto accompagnarci nella vita. È il Dio della prossimità. Per questo, noi non siamo persone isolate: siamo prossimi, perché l'eredità che abbiamo ricevuto dal Signore è la prossimità, cioè il gesto della vicinanza» (*Omelia in Santa Marta del 18 marzo 2020*).

Per non irrigidirsi nel timore, ardevano del fuoco della carità anche le nostre tre Beate. Le tre giovani laiche Pilar, Olga e Octavia si erano già incamminate sulla via della carità alimentando con l'attività apostolica la loro vita cristiana «ordinaria». Quando poi scelsero di appartenere come infermiere alla Croce Rossa qui ad Astorga, convogliarono su questa strada la loro vocazione laicale fino a giungere al martirio, ossia alla suprema testimonianza di amore per Cristo.

Gesù, certo, ci rassicura quando, dicendo che nessun passerotto cadrà a terra senza il suo volere, ci ricorda la provvidenza del Padre (cf. *Mt* 10,29). Eppure i passerotti cadono e questo ci dice che non si può essere discepoli di Gesù evitando la conflittualità, magari stipulando polizze di assicurazione sulla vita. Il vostro Vescovo, carissimi, cui va il mio fraterno saluto e il nostro cordiale affetto, nella lettera pastorale che ha scritto in preparazione di questo giorno ha ricordato che non esiste una vita cristiana indolore ed ha aggiunto che *la posibilidad del martirio está siempre presente en la vida de los cristianos* (cf. *Carta Pastoral*, p. 3. 7). Così è stato per le nostre Beate.

«Non abbiate paura di quelli che uccidono il corpo», abbiamo ascoltato. Pilar, Olga e Octavia l'intesero bene, questa parola del Signore. Alla cura del corpo degli infermi e dei feriti, infatti, si

dedicarono impegnandosi ad alleviarne le sofferenze e a sollevarne gli animi e questo perché il «corpo» ha la sua dignità inenarrabile. Per noi credenti, «il *corpo* dell'uomo partecipa alla dignità di "immagine di Dio"», come ci ricorda il Catechismo della Chiesa Cattolica (n. 364). «I nostri corpi nascondono un mistero. In essi lo spirito si manifesta e opera», disse dieci anni fa Benedetto XVI. Intendeva così coniugare la teologia del corpo con quella dell'amore ed aggiunse: «Dio ha assunto il corpo, si è rivelato in esso. Il movimento del corpo verso l'alto viene qui integrato in un altro movimento più originario, il movimento umile di Dio che si abbassa verso il corpo, per poi elevarlo verso di sé» (*Discorso* del 13 maggio 2011).

Alla cura del corpo debilitato e sofferente, dunque, le beate Pilar, Olga e Octavia dedicarono se stesse, sicché, anche nel pericolo fattosi presente, non vollero abbandonare i feriti, ma continuarono ad assisterli mettendo a rischio la propria stessa vita. Per questa loro fervente carità, quando il loro corpo fu minacciato non *s'irrigidirono nel timore* ma *ardenti del fuoco della carità* subirono torture e umiliazioni. Tutto sopportarono con forza soprannaturale; si disposero a subire la morte in spirito di fede. «Ciò che fa i martiri – sentenza sant'Agostino – non è il supplizio, ma la causa» (*Enarr. in Psalmos XXXIV*, 2, 13: PL 36, 340). Amaramente poi soggiungeva che «molti per una buona causa compiono persecuzioni, e molti ne subiscono per una cattiva causa». Queste Beate, tuttavia, sono morte acclamando a *Cristo Re* ed è questa professione di fede che le ha rese martiri.